

El bolero era un joven de bigotito

María del Carmen de la Peza Casares,

El bolero y la educación sentimental en México,

Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco / Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa,
México, D.F., 2001, 477 págs.

Por Sergio Monsalvo C.

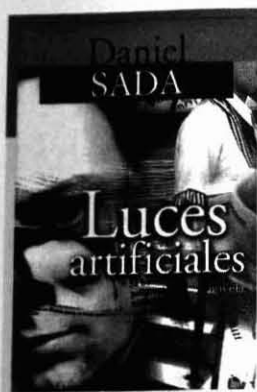
El bolero era un joven de bigotito que cantaba en la primera radio y salía en películas de blanco y negro haciendo dos papeles: el del galán que buscaba a la mujer que se pareciera a su madre; y el del que se dejaba arrebatar por la pasión de la que no se semejaba en nada: santa o puta. Sus tiempos "naturales", las décadas de los veinte a los cincuenta, tiempos en los que en el país nacía y se cultivaba una homogénea sociedad urbana. La educación sentimental era producto del cura, del maestro recitador y del bohemio decimonónico. Luego, aquel joven de bigotito murió como producto de su época. Estaba muerto pero no fue enterrado. Llegó a la televisión. Lo mantuvieron como en misa de cuerpo presente, mientras el cronista rechoncho y de peluquín hablaba de los tiempos idos; mientras el canoso cantante de gruesas gafas lo rememoraba como a un Scaramouche; mientras la añosa mujer encorsetada, repleta de *spray* en el pelo, cantaba y suspiraba por lo que no volvería. En esa danza de vampiros, el muerto sobrellevó los cambios en el mundo. Vino el advenimiento del posmodernismo y en esa olla se cocinó todo, incluyendo al difunto.

Al cronista le pusieron un saco de pana y lo dejaron hablar con prosopopeya de "cultura popular"; a la cantante la dejaron igual, pero le añadieron un repertorio contra los hombres y la palabra "inútil" en su vocabulario. Al cantante, sin coloratura ni memoria, lo invistieron de alta tecnología para grabar y lo dotaron de una gran orquesta y de arreglistas. A esto se le llamó el renacimiento del género, aunque todo continuó bajo el mismo molde: el de la nostalgia recalcitrante.

El fenómeno atrajo a sociólogos, literatos, periodistas e investigadores académicos, como en el caso de María del Carmen de la Peza Casares, quien en el

libro *El bolero y la educación sentimental en México* hace una autopsia del género, presentando como tal su tesis de doctorado para la Loughborough University (1998). En ella examina al bolero como parte de la cultura amorosa que se difunde en los espacios públicos y el papel que éste juega en la educación sentimental de hombres y mujeres, es decir, en el proceso de socialización y constitución de los sujetos amorosos femeninos y masculinos, de diferentes grupos sociales.

El de doña María del Carmen no es un libro sabroso ni placentero, como podría esperarse. Es discurso seco en



Daniel Sada.
Luces artificiales.
Joaquín Mortiz, México, 2002,
331 págs.

Con esta novela Daniel Sada inicia un nuevo ciclo narrativo y nos ofrece una historia urbana delirante, llena de humor negro, escrita con esa mezcla insólita de sabrosos giros del habla popular y exquisitos culteranismos que son su sello personal.



Salman Rushdie.
Furia.
Trad. de Miguel Sáenz Sagasetta,
Areté, España 2002, 335 págs.

Furia es una obra de energía explosiva, despiadada, y a la vez una comedia muy negra, una investigación inquietante del lado más oscuro de la naturaleza humana y de la sociedad opulenta.

el que prevalece el lenguaje de tesis. Con entrevistas grupales presenta ejemplos de personas que hacen gala de la cursilería a la que prefieren llamar "romanticismo", así como canciones de diversos compositores suponiendo que se trata de la obra de poetas y no de letras dedicadas a la explotación comercial del sentimentalismo.

En el trabajo de la doctora la cantidad de citas habla del gran número de lecturas que posee, pero no para demostrar con claridad lo que el título de su libro pretende, como lo hizo Ortega y Gasset cuando dijo que ejercitaba lo cursi "porque lo cursi abriga la piel que un día se otoño". Este autor se asume como parte de la cultura hispana, ésa donde el romanticismo surge anodino, chillón y solemne. A diferencia del alemán, inglés o francés, en donde emergió no sólo como un movimiento de carácter artístico y literario, sino además moral, erótico y político, en reacción al racionalismo del siglo XVIII.

En México se imitó la pésima concepción española del romanticismo. La primera mitad del siglo XX estuvo embadurnada de él y tuvo como su máximo representante al bolero. En la segunda, a pesar de ser un cadáver y producto de la mercadotecnia, se le siguió tratando como si estuviera vivo y en plenitud de facultades para dirigir la educación sentimental de los tiempos por venir. En el libro, para sostener esta última idea, la autora reduce a dos las películas que según ella hacen evidente lo anterior y que apoyándose en la imagen cinematográfica dibujan a la ciudad: *Nosotros los pobres* y *Amor qué malo eres*. Reduce a dos las colonias en las que se constriñe el sentir social de dicha ciudad y, dice, ponen de manifiesto el latir del resto de la mancha urbana: el Olivar del Conde y la Del Valle. Reducir es el sabor del día. Parece olvidar la autora que el México de la segunda mitad del siglo XX se tornó heterogéneo al salir de la provincia, más comunicado por la tecnología, más informado, más cosmopolita en comparación. Y el bolero ya no era su única opción sonora. El contexto social se nutrió de infinidad de instan-

cias musicales: mambo, rock, jazz, música grupera, balada pop y otras corrientes alternas, que abrieron el espectro de las percepciones sentimentales. La memoria colectiva ya no fue unívoca sino multidimensional.

El bolero y la educación sentimental en México tampoco es un libro referencial, puesto que las estadísticas y gráficas que presenta son de los años 1989-1995, o sea de hace diez años en promedio. Una década es mucho tiempo para sostener afirmaciones de tipo sociocultural, sobre todo la de los noventa, con tantos cambios en los más diversos sentidos: desde la fusión de las grandes compañías multinacionales hasta la mayor fragmentación de los gustos musicales, etcétera. Hoy, el bolero es un género muerto al que la industria sostiene como *zombie* para seguir explotando el sentimentalismo ramplón de sensibilidades autocompasivas. A pesar de que le ha intentado cambiar el rostro, el fondo es igual: mismos temas, iguales azotes emocionales. No es cultura. Es moda dirigida, orquestada, que se niega a reconocer el deceso de algo que no da para más. La reciente es historia inventada, mercadotecnia; la antigua es nostalgia reaccionaria. La autopsia del libro de De la Peza Casares, sin todas estas consideraciones, descontextualizada de lo contemporáneo, no sirve más que para confirmar que lo sentimentaloides no acepta su condición y prefiere autodeclararse romanticismo, sin importar que se trate de uno a la mexicana: *kitsch*.

Ya lo sentenció Hermann Broch:

El que produce cursilería debe ser juzgado como un ser éticamente abyecto, alguien que desea de manera profunda e inconsciente el mal. Lo cursi debe ser considerado parte de un sistema de falseamiento, de deterioro social y de pérdida de valores.

El bolero es eso, un empobrecimiento de los niveles de culturación. Pero de ello no leemos nada en el libro mencionado. Sólo vemos al joven de bigotito al que le niegan un descanso en paz. ●